

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 23 DE JULIO DE 1933

NÚMERO 30



LA VIDA DE LOS GRANDES

HOMBRES

LIVINGSTONE



Muchos de vosotros seguramente ya habrán oído del célebre explorador, misionero y médico, David Livingstone de Escocia, que fué impulsado a ir al Africa central

por amor a sus hermanos negros. Livingstone estaba muy a menudo en peligro de muerte, cuando en sus viajes exploradores buscaba los sitios donde se podía hacer al-

gún trabajo misionero. En tiempo de hambre la familia del misionero tenía que amasar el pan con salvado, y comer con este pan langostas como único alimento. El hambre muchas veces hizo buscar a los niños de Livingstone, como a los niños negros, ranas, caracoles y gusanos para comérselas.

En el viaje penoso por los territorios infestados de fiebre del Sambesi y por el tan temible desierto del Kalahari, estaban en un continuo peligro de muerte por ataques imprevistos de las tribus salvajes, que por la crueldad de los conquistadores blancos estaban furiosos y sumamente excitados. Livingstone nos cuenta en uno de sus diarios cómo se salvó milagrosamente de una muerte terrible. El se encontró entonces en uno de sus viajes largos por el Suroeste, donde más tarde descubrió el lago de Nyami, lo que hizo del modesto misionero uno de los hombres más célebres del mundo.

El deseo de prestar sus servicios indistintamente a todos, expuso a Livingstone ya en el primer período de su vida misionera, en 1844, a un peligro del que sólo una especial protección del cielo pudo sacarle incólume. Un tropel de leones, que tanto abundan en el Africa del Sur, infestaba hacía ya algún tiempo aquella comarca, molestando a los naturales, entre los cuales se encontraba Livingstone. Para librarlos de esta plaga, salió Livingstone con los negros a la caza. "En un recodo—cuenta él—vi sentado sobre una piedra, al lado de un zarzal, un león. Me coloqué a una distancia de 30 pasos de él, y descargué ambos cañones." Los indígenas gritaron: "Está herido". Otros decían: "También le ha herido otro". "Id y ved". En aquel momento apercibí al león con la cola levantada, detrás de un matorral, y volviéndome a la gente, dije: "Deteneos hasta que yo cargue". Pero en el acto de meter la bala en el cañón, oí un rugido, y al propio tiempo vi el león que se abalanzaba a mí. Como yo estaba en pie y

era más alto que él, me asió de los hombros, y ambos vinimos al suelo. El animal bramaba terriblemente a mi oído y me sacudía como un perro a una rata. Terrible aturdimiento me causaron tres sacudidas semejantes a las de un ratón preso entre las garras del gato. A pesar de mi crítica situación no sentía dolor alguno ni espanto. Cuando trataba de volverme para aliviar algo mi cabeza, hacía caer entonces el león todo el peso de sus patas sobre ella; pero sus centelleantes ojos estaban fijos en mis compañeros. Uno de ellos, profesor indígena, llamado Mebalve, le estaba apuntando. Intentó hacer fuego, pero inútilmente; el tiro no salió. Furioso entonces el león, dejándome a mí, salta sobre Mebalve, a quien da un mordisco en el muslo, y sin detenerse acomete a otro que venía hacia él con una lanza. Allí se agotaron sus fuerzas, dos balas le habían atravesado y cayó sin vida."

Podemos figurarnos qué agradecidos no estarían los habitantes de aquel pueblo a su libertador. Livingstone tenía el don especial de ganarse las simpatías de los indígenas. Su cariño le preparaba el camino por donde iba, y no solamente a él, sino a los misioneros que le siguieron mucho más tarde. El naturalista Drummond, que años después viajó por el mismo camino, escribe una carta a su casa: "He encontrado en el centro del continente oscuro hombres negros, que se acordaban del único hombre blanco que jamás habían visto, ¡David Livingstone! El ha muerto; pero hoy todavía habla él elocuentemente en Africa. Los ojos de los pobres negros resplandecen cuando les cuento del amable médico que hacía años les visitaba. No entendían ni una palabra de su inglés, pero él conocía el lenguaje del amor cristiano, y ellos comprendían que él tenía un corazón lleno de amor."

Cuando en el año 1874 Livingstone murió en uno de sus viajes, sus dos criados,

fieles negros, Susi y Tschuma, llevaron el cadáver de su querido maestro en un penoso viaje de nueve meses, con indecibles fatigas y peligros, hasta la costa, y desde allí le acompañaron hasta el otro lado del Océano, hasta Inglaterra. Allí, en la célebre catedral de Westminster, una sencilla piedra da testimonio de la obra de este hombre verdaderamente "grande".

LA SOGA DEL LAGARTO

No hace mucho que os han contado en el AMIGO una historia de los Papúas, y como muchos de ellos, después de haber trabajado largos años los misioneros, se han hecho cristianos. Pero aún en los tiempos, cuando todavía eran paganos, conservaban en sus corazones un recuerdo de que los hombres en tiempos muy remotos debían haber sido mejores y más felices; y así como en la Biblia se nos refiere, cómo el pecado vino al mundo por medio de Adán y Eva, también estos pobres indígenas tenían su manera de explicarse la separación de Dios, que nos hace tan desgraciados, mientras no sepamos que nuestro Salvador Jesucristo ha vuelto a establecer la unión entre Dios y el hombre. Un misionero nos refiere lo siguiente:

"Los papúas de Nueva Guinea vivían en el paganismo más oscuro y terrible, dominados por el canibalismo (matanza y comida de hombres) y otros vicios horrorosos; pero, a pesar de esto, conservaban un recuerdo de "Anutu", el buen Dios, con el que habían vivido antes. Un día, caminando por la selva virgen el misionero, acompañado de un papúa, un lagarto atravesó su camino. De pronto el papúa se echó encima con el rostro desencajado, agitando la lanza para ma-

tar al inocente animal. Al mismo tiempo gritaba, furibundo:

—¡Tú nos has engañado!

—¿Pero que estás haciendo?—preguntó el misionero.

El hombre moreno entonces dijo:

—Hubo un tiempo, cuando nosotros vivíamos en el cielo con nuestro buen Dios, Anutu. ¡Qué hermoso era eso! Pero un día vino el lagarto diciendo: "¿No queréis bajar a la tierra, para ver cuán hermosa es?"

Y nos refirió cosas tan maravillosas, que nos entraron ganas de verlo todo. El lagarto nos trajo una sogá larga, y por ella bajamos a la tierra. Allí, en efecto, encontramos nuestro hermoso país. Tú lo conoces: En ninguna parte hay palmeras de coco como en nuestro país, con frutos más hermosos y grandes. En ningún sitio hay mejores plátanos y batatas. Sí; la tierra nos gustó, pero con el tiempo nos entró la nostalgia, deseábamos volver al cielo; pero, ¡qué pena!, el lagarto había roto la sogá a mordiscos y no había medio de volver. Así tuvimos que quedarnos en la tierra, donde dominan los espíritus malos, atormentándonos y atemorizándonos. Pero esto no será el fin. Vendrá un día, cuando Anutu bajará del cielo a nuestra tierra y vivirá con nosotros. Entonces seremos felices."

Así nos lo cuenta el misionero. Estar lejos del buen Dios, separados de él, es cosa terrible. Aún los pobres paganos lo saben. Y si tú y yo hemos hecho algo malo, y no te atreves a acercarte a tu madre, también te sentirás infeliz por la separación, procurando quitar de en medio lo que te separa. Pues Jesús ha abierto de nuevo el camino, "ha atado la sogá al cielo" y quiere que no estemos separados de Dios. Podemos pedir que nos perdone nuestros pecados; Dios nos concederá el perdón y entonces ya no habrá esa separación que nos hace tan desdichados.

EL RELOJ DESCOMPUESTO

Un muchachito tenía un bonito reloj que no andaba bien. Tenía una hermosa cubierta pero así como a veces se adelantaba, otras se paraba. Preguntó a su madre qué debía hacer y ésta le recomendó que lo llevase a un relojero. Así lo hizo el muchacho y el operario al ver el reloj le contestó:

—Mira, Juan: este reloj tiene sus manecillas bien y, sin embargo, no marcha como debiera. Déjamelos y pasa dentro de unos días y te daré la respuesta acerca de su estado.

Pasados algunos días Juan volvió y el relojero le dijo:

—Abrí tu reloj y encontré que tenía la cantidad de piezas necesarias, no faltaban tampoco tornillos; pero encontré una pequeña parte mala llamada resorte que estaba en malas condiciones. Y porque ese resorte principal era malo, algunas veces el reloj adelantaba sin razón y sin razón también otras veces se detenía.

Los muchachos son como los relojes. Tienen como los relojes una maquinaria, cuyo resorte central es el corazón. Si el corazón está en malas condiciones, influenciado por malas ideas, etc., el muchacho será como el reloj descompuesto que nadie quiere y que poco sirve para beneficio de los humanos. Dios, deseando perfeccionar la vida de los humanos, hace un llamado amoroso: "Dame, hijo mío, tu corazón."

LOS DOS HERMANOS

En el sitio en que fué construida la ciudad de Jerusalén antiguamente se veía el verdor de un campo. Uno cerca del otro, habitaban dos hermanos, ambos casados. El menor tenía cuatro hijos, y el mayor, ninguno. Muerto el padre, en lugar de partir el campo, sembráronlo en común, y cuando el trigo estuvo maduro hicieron dos porciones iguales.

El hermano mayor no pudo pegar los ojos aquella noche:

—¿Hemos partido bien el trigo?—se decía—. Mi hermano tiene más familia que yo y necesita pan para sus hijos. Velaré lo que falta de noche y aumentaré sin que él lo sepa la parte suya.

Y se levantó, y con trigo suyo aumentó el montón de su hermano.

También se despertó el menor, y a su vez se preguntó si habrían hecho equitativamente la partición.

—Mi mujer y yo somos fuertes—pensó—y tenemos hijos que crecerán y nos ayudarán muy pronto. ¡Ya habrá manos para trabajar! En cambio, mi hermano y su mujer son más débiles. Es preciso engrosar su parte.

Al día siguiente por la mañana, ambos notaron que sus montones volvían a estar iguales. Miráronse sorprendidos; pero ni uno ni otro habló.

A la siguiente noche hicieron lo propio, pero a distinta hora; de modo que no se vieron.

Y nuevamente hallaron que sus montones estaban iguales.

Aquel manejo duró hasta que un día se hallaron uno frente a otro engrosando el montón ajeno. Entonces comprendieron por qué siempre encontraban iguales partes, y satisfechos los dos, vivieron hasta su muerte como buenos amigos, ayudándose en todo siempre.

—¿Cuál es el colmo de un violinista?

Columpiarse en las cuerdas de su violín.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia 60, Madrid.